



CONSEJOS de LOCUCIÓN para los LECTORES LITÚRGICOS

- Un primer principio: leer en misa es «**un ministerio laical**» propio y no una suplencia extraordinaria.
- Un segundo principio: la liturgia es una combinación de **palabras, gestos y silencios**. La «celebración de la Palabra» es una liturgia propia. Leer no es algo de niños, a pesar de que los niños lo hagan y lo hagan bien.
- Un tercer principio: hay que buscar siempre una «**coherencia comunicativa**» en todo. Se trata de buscar **la adecuación** de lo que decimos con lo que hacemos, y de lo que hacemos con lo que decimos.
- Un cuarto principio: es necesaria una sana «**comodidad**» (o **naturalidad**) en todo lo que se hace litúrgicamente. No forzar nunca lo que no nos sale del corazón. Porque eso siempre se transmite, y porque tampoco hay tantas normas establecidas. Hay que evitar la sobreactuación, o la excesiva teatralidad.

1 La preparación: ¿Necesitamos mucha preparación previa?

- ¡Sí! Hay que llegar antes a la iglesia, leer la lectura, entenderla, hacerla nuestra, etc.
- En la Biblia hay muchos géneros literarios: históricos, narrativos, epistolares, poemas, canciones, cuentos, etc. Y no todos se pueden leer igual.
- Hay que asegurarse de que el Leccionario está en el ambón y tener bien situada la página de «nuestra» lectura. No salir nunca con hojas o fotocopias en las manos (o con la «Hoja Dominical»), sino leer directamente del libro de la Palabra de Dios.
- Lo ideal sería no conectar ni desconectar los micrófonos, porque (en teoría) siempre deberían estar conectados (si no se acoplan). En todo caso, nunca darle golpecitos para asegurar que funcionan.
- Pensemos que –antes– deberíamos hacer como los que cantan: calentar la voz. Quizá también necesitaremos un poco de agua o algún caramelo (para salivar).

2 La acción: ¿Cuándo nos levantamos?

- Un buen principio: «no se empieza ninguna acción litúrgica hasta que no se termina otra». Hay que **evitar las «simultaneidades»**, las prisas y carrerillas. Por tanto, esperaremos a que el monitor haga la introducción a la lectura. Ambas cosas a la vez son **una distracción** para la gente.
- Los que hacen servicios litúrgicos no deben situarse lejos del presbiterio. Incluso puede ser que ya estén allí porque ha subido con los demás ministros en la procesión de entrada.

3 La puesta en escena / la acción litúrgica: ¿Cómo vamos hacia el ambón?

Cuando nos levantamos debemos ser conscientes de que:

- Iniciamos una **procesión** litúrgica, sin prisas (en silencio).
- Que vamos a proclamar la **Palabra de Dios**, con la importancia que esto supone.
- Que subiremos al presbiterio por las **escaleras del centro** del altar (mejor). No somos un espontáneo.

- Que no pararemos a hacer ninguna genuflexión, ni inclinación, a nada ni nadie (porque nosotros llevamos la Palabra de Dios y estamos bajo la presencia de Dios en la comunidad reunida: que es el Cuerpo de Cristo). Olvidemos el sagrario y el Santísimo, el santo patrón o el Santo Cristo...
- Que solo hacemos **una ligera reverencia al altar** (y su centro), porque es la única presencia estática de Cristo que hay en esos momentos. La reverencia no debe ser hacia ningún ministro que preside la celebración.
- El ambón o el facistol debería estar **muy bien iluminado** para leer (ni más ni menos).
- **Hay que mirar a la comunidad** porque es la que debe recibir el mensaje. Hay que establecer un contacto visual directo. (Todo en **silencio**, porque **la pausa** sirve para **llamar más la atención de la audiencia**).
- Nunca se dice el enunciado de la lectura: ni «Primera lectura», ni «Segunda lectura», ni «salmo responsorial», ni la cita numérica, ni la frase en rojo, sino que se empieza leyendo la referencia de la lectura: «**Lectura de...**». Después sigue **una pequeña pausa**, porque hay que dar tiempo al oyente para que sitúe en la memoria la lectura que escuchará a continuación y se prepare para escuchar.

4 La sintonía: ¿Qué hacemos cuando llegamos al ambón?

- Procuramos situarnos en el centro del ambón y del Leccionario, muy derechos, nos ponemos las gafas (si es necesario) y ponemos el micrófono a la debida altura de la boca (en silencio).
- La posición y **postura del cuerpo** es muy importante, es la comunicación no verbal (por ejemplo; con las manos). Pensemos en que hay **«imposturas»**.

5 La locución: ¿Qué hacemos para empezar a leer?

- Es muy importante saber **proyectar la voz** (como en el teatro), por eso es bueno mirar a toda la comunidad reunida y hacer como si nos dirigiéramos a la persona que está más lejos. Debemos estar muy atentos al **retorno** de nuestra voz por los amplificadores: debemos oírnos a nosotros mismos.

- Hay que **leer poco a poco** (por una «cuestión técnica»: la megafonía recoge nuestra voz; y por una «cuestión de teoría del conocimiento»: los oyentes necesitan tiempo para hacerse a «la idea»). ¡Atención! Los nervios nos harán acelerar.
- Hay que **vocalizar** mucho: abriendo la boca en cada palabra (labios, lengua y dientes).
- Hay que tener muy en cuenta nuestra **respiración**. ¡No puede faltarnos el aire! Empezaremos con una respiración profunda.
- Hay que hacer la **entonación debida**, para evitar una monotonía en la voz. Tampoco hay que hacer «cantinelas».
- Hay que **modular la voz**. No es necesario chillar ni hacerlo en voz baja. Se debe mantener siempre el mismo tono de voz.
- Hay que mantener siempre el contacto visual, en cada párrafo, en cada «punto y aparte», en cada punto, en cada palabra, en cada frase, en cada afirmación.
- Hay que **controlar mucho los nervios** (aparecerán donde menos lo esperamos: en la voz, en las piernas, en las manos, en la cabeza...) y hay que **vigilar los tics nerviosos** (rostro y manos). Corremos el peligro de ser nosotros mismos la distracción de los oyentes.

6 El final: ¿Qué hacemos cuando hemos terminado? ¿Cómo tenemos que salir?

- Cuando se termina el texto de la lectura escrita se hace una pausa larga y volvemos a mirar a la gente de la comunidad.
- Nunca decimos: «¡Es Palabra de Dios!», sino solo «**¡Palabra de Dios!**» (con tono de proclamación) porque no es una afirmación ni una explicación, sino que se trata de una **aclamación** para poder arrancar de la asamblea otra aclamación: «**¡Te alabamos, Señor!**».
- No salimos corriendo, sino que nos esperamos para recoger la respuesta de la comunidad. Tampoco nos esperamos al otro lector, para darle el relevo, porque el otro no vendrá hasta que nosotros lleguemos a nuestro sitio.
- Marchamos deshaciendo la procesión, por el centro del altar. Si es necesario, y si nos sentimos cómodos con ello, hacemos de nuevo una reverencia al altar. Y volvemos a nuestro sitio en la comunidad, en el presbiterio (en **silencio**). De camino de vuelta hacia el sitio, no vamos ni cabizbajos ni saludando a la gente.